

Un hospital del frente.

Antes de presentarnos a los héroes que luchan en las trincheras, los ingleses quieren hacernos ver a los que sufren. En las inmediaciones de Boulogne, a orillas del mar, en medio de un bosque, desde el cual se pueden distinguir en días claros las costas británicas, hay, no un hospital de campaña, sino una inmensa ciudad sanitaria, compuesta de centenares de barracas blancas. Es prodigioso el esfuerzo de esta raza para crear en la zona de su frente instalaciones de toda clase. Desde Amiens hasta Calais, en las llanuras picardas, ha surgido un país nuevo que hace pensar en las instalaciones campestres del Canadá. Desdeñando el amor de lo pintoresco que en las líneas francesas improvisa aldeas verdaderamente artísticas, con techos de paja y muros de ramas, los hombres de ultra Mancha se contentan con alinear inmensas cajas de madera, cubiertas de cinc ondulado, en los lugares más sanos. Y cuando alguien les habla de monotonía, contestan, muy tranquilos, que la estética importa poco, con tal que el *confort* y la higiene triunfen. Y sí que triunfan, esas dos diosas modernas, en estos lugares trágicos.

— No hemos tenido una sola epidemia — nos asegura el capitán Roberts, al hacernos penetrar en el hospital que vamos a visitar.

Luego es el médico mayor quien nos dice que sus compañeros han logrado lo que parecía imposible, que es curar a los heridos con procedimientos al parecer rudimentarios, en menos tiempo que los doctores de los grandes hospitales de Londres y de París. «Aquí una pierna rota es asunto de tres semanas», exclama con orgullo.

*
* *

Las piernas y los brazos, he ahí la gran preocupación del servicio sanitario. Al principio, las heridas más comunes eran las de la cabeza; pero, gracias al casco de combate, han disminuído en proporción de 90 por 100. Los brazos, en cambio, los brazos y las piernas, no resulta fácil protegerlos. Así, entre las diez barracas de este establecimiento, más de la mitad están destinadas a cojos y mancos.

— Entren ustedes.

El espectáculo de la vasta sala nos sorprende. Los enfermos no están acostados en camas de campaña, sino colgados en aparatos extraños hechos de correas y de lienzo. Es el sistema más nuevo y también el más eficaz. Pero tiene un carácter tan imprevisto, que produce una sensación de angustia. Con sus rostros lívidos, los heridos parecen atados en potros inquisitoriales. Cuando uno de ellos levanta el torso, todo el mecanismo que lo envuelve y lo sostiene se mueve y cruje.

— Noten ustedes — murmura el *mayor* — que por mucho que agiten el cuerpo, los enfermos conservan siempre el miembro estropeado en una absoluta inmovilidad...

Un silencio de muerte reina en el recinto. Los enfer-

meros pasan sin hacer el menor ruido. Los médicos ejecutan sus curas sin abrir los labios. Hay angustia, hay dolor, hay lástima en el aire... Sin embargo, en los ojos de los que sufren no se lee sino una gran resignación y una gran voluntad de mostrarse superiores a sus padecimientos.

*
* *

Antes de hacernos visitar las salas del hospital, nuestro guía nos había enseñado, con orgullo, algunas cartas escritas desde sus lechos de dolor por los heridos. «Lean ustedes — nos decía —, lean ustedes... Esto es lo que mejor da una idea exacta del carácter de nuestros hombres.» Y nos ponía ante la vista trozos como los que copio a continuación :

«Me hirió una granada en el brazo — escribe un sargento —. Murieron siete oficiales el jueves último, pero el capitán Grenfell fué salvado conmigo. ¿Qué opináis de la carga del 9.º? Por tomar parte en ella, vale la pena de resultar herido.»

«Aquí en el hospital encontré a John, con una herida mortal — dice un simple soldado —. Le pregunté si me daba algún encargo para alguien de su familia, y replicó con los ojos inundados de lágrimas: «Me escapé de casa y me alisté hace un año; mis padres ignoran que estoy aquí, pero díles que no estoy arrepentido de lo que hice.» Cuando lo conté a nuestros compañeros, después, lloraban como niños; pero tened presente que ese es el espíritu que anima a Inglaterra en esta lucha gigante. Supe su nombre y las señas de su familia por su regimiento, y ahora les escribo para decirles que

pueden sentirse verdaderamente orgullosos de su muchacho.»

«Ningún regimiento luchó más porfiadamente que el nuestro y ninguno tiene tan buenos oficiales que pelearan al lado de sus soldados — asegura un alférez —; pero no se puede esperar que se lleven a cabo imposibles por bravos que sean nuestros muchachos, cuando luchamos con una fuerza veinte o treinta veces superior en número. Si los que ahí habéis hablado con desprecio de los oficiales ingleses hubierais visto cómo manejaban sus soldados, sin hurtar el cuerpo nunca, os avergonzaríais de vosotros mismos. Todos estamos determinados, una vez buenos, a volver con nuestros compañeros y cobrarnos lo que nos deben.»

Estos acentos varoniles que hace algunos minutos, en el despacho del *mayor*, no tenían para nosotros sino un interés vago, anímanse ahora con un magnífico soplo de realidad palpitante. Los hombres que así sufren en aras de un ideal, son estos mismos mocetones rubios que aquí están tendidos y que nos miran fríamente, serenamente. No hay uno solo entre ellos que no sorprenda por la entereza de su aspecto. No hay una boca crispada. No hay una nube de lágrimas en una pupila.

*
**

El médico que nos acompaña nos dice que sólo los que ya se hallan en plena convalecencia dan muestras a veces de abatimiento.

— Pero — agrega — no es por lo que han sufrido materialmente, sino por una especie de *spleen* que ataca a los más bravos.

Hay, en efecto, en esta guerra tan larga, tan monótona, una epidemia, a la que los facultativos en general no le dan importancia, y que, sin embargo, la merece. En francés se llama *cafard*. ¿No habéis oído hablar de ello? «Es un estado morboso — escribe Pierre Mille — que resulta de la exaltación continua del aburrimiento, y que llega a producir una verdadera enfermedad contagiosa.» Y si esto se nota en los soldados franceses, que tienen la alegría en la sangre, y que además se hallan en su propia patria, luchando por defender sus propios hogares, figuraos lo que pasará con los ingleses, que siempre han sido propensos al dolor *spleenítico*.

El médico a quien le hablo de esto sonrío, y me dice:

— Sí..., sí..., el *cafard*..., el *spleen*... Los coloniales, sobre todo, padecen de *cafard*... Hay muchos casos mentales en esta guerra... Vea usted allá, en aquel pasillo, a aquellos dos muchachos rubios que se contemplan mutuamente en silencio... Son dos infelices que han perdido la memoria de todo, y que ni siquiera saben ya sus nombres... Como son inofensivos, andan sueltos... Pero tenemos otros que es preciso vigilar... Las noches en las trincheras..., los bombardeos continuos..., el fastidio..., las sorpresas... Todo contribuye a volver locos a los que no tienen un cerebro muy fuerte... Más tarde, lo que nos hará pensar en este tiempo con horror, es el número de locos y de ciegos... En Alemania, sobre todo, la locura ha hecho estragos... Entre nosotros, menos... Y menos aún entre los franceses, que, con su apariencia ligera, poseen una resistencia nerviosa increíble...

*
**

El *mayor* se detiene un instante, observando a los dos soldados dementes. Por sus pupilas claras pasan luces de tristeza, y en las comisuras de sus labios sinuosas nótase una ligera crispación.

— Los locos — murmura.

Luego, volviéndose hacia nosotros, agrega:

— El recuerdo más terrible de mi vida de campaña es el de la retirada de Bélgica, cuando tuvimos, una tarde de otoño, que evacuar nuestro hospital para llevarnos a los heridos y a los enfermos hacia Poperinghe. A causa de la afición que he sentido siempre por los estudios del sistema nervioso, mis jefes creyeron que debían encargarme de la conducción de nuestros soldados locos... Había entre ellos algunos ingleses, algunos belgas y hasta unos cuantos alemanes prisioneros. Y como todos eran pacíficos, ni siquiera pensé en hacerme acompañar por mis robustos enfermeros, que resultaban más útiles en otros servicios. La carretera por la cual teníamos que caminar durante una hora, hallábase bajo el fuego de la artillería enemiga. Después de recomendar la mayor prudencia a mis infelices enfermos, nos pusimos en marcha, y durante algunos minutos todo salió a pedir de boca. Tranquilos, silenciosos, los locos me seguían como un rebaño, sin dar la menor importancia a las bombas que estallaban en los lupulares cercanos, a cincuenta metros de nosotros. Pero de pronto una batería alemana tuvo la desastrosa ocurrencia de observar nuestro desfile y de ponernos la puntería. La primera granada que se abrió en plena carretera, a tres o cuatro metros detrás de nosotros, hizo perder su serenidad a mis soldados. Unos se echaron a reír, otros levantaron los brazos al cielo, tres o cuatro se pusieron a llorar como niños. «Apresuremos el paso», les dije. Ellos no me

oyeron. Inmóviles en medio del camino, examinaban el agujero que acababa de hacer la explosión, y se dirigían discursos incoherentes. Exasperado, comencé a empujarlos violentamente, con objeto de alejarlos de aquel lugar peligroso, cuando otro proyectil cayó en medio del grupo que formábamos y mató a dos de mis dementes. Entonces, como obedeciendo a una voz misteriosa, los demás se sentaron alrededor de los cadáveres, muy tranquilos, muy alegres, riendo y charlando con la mayor naturalidad. Mis gritos, mis amenazas, todo era vano. Uno de ellos, un belga, me miraba con ojos irónicos, como si el loco hubiera sido yo... Y la verdad es que, en aquel instante, no sé si mi juicio me había abandonado... Mi situación no tenía nada de agradable... ¿Qué hacer?... El instinto aconsejábame alejarme... El sentimiento del deber me obligaba a no moverme. Pero como el bombardeo arreciaba y como cada explosión aumentaba la serena alegría de mis enfermos, decidíme, al fin, a volver hacia atrás, en busca de enfermeros. Cuando regresé, acompañado de una docena de ambulancieros, los locos seguían en el mismo sitio... Diez o doce bombas habían caído en el centro del corro, hiriendo a algunos de ellos. Uno sobre todo, con la nariz arrancada y el rostro lleno de sangre, producía una impresión espantosa... Los demás lo miraban y reían, y él también reía, muy apaciblemente...

Mientras el *mayor* nos refiere esta macabra historia, pronunciando cada sílaba como temeroso de no hacerse comprender bien, yo no puedo apartar la vista de los dos pobres mocetones rubicundos que continúan de pie, rígidos, escrutándose con una curiosidad de alucinados. Hermanos de armas y hermanos de desgracia, diríase que cada uno de ellos busca en el otro algo que le per-

mita recordar su propio drama, su propio dolor, su propia pesadilla.

— Vamos.

*
**

Por las salas interminables continuamos nuestro paseo angustioso. Yo no había visto todavía un hospital militar, a pesar de que en varias ocasiones los oficiales franceses se ofrecieron para servirme de guías en las ambulancias del frente. El dolor es un espectáculo que no me atrae. Y además, el recuerdo de un día en que el Dr. Doyen me hizo asistir a una serie de operaciones horribles, me ha quedado siempre grabado como un remordimiento. ¡Aquellos rostros, Dios mío; aquellos quejidos, aquellas heridas en las carnes inertes!... Para calmarme, el gran cirujano francés decíame que lo que, al parecer, era una crueldad, resultaba, en el fondo, un acto de misericordia. Pero yo he creído siempre que entre el dolor y la muerte, el menor de los males es el segundo, y que, si para salvar a un hombre es preciso hacerlo sufrir cual un mártir, tal vez fuera mejor no salvarlo. «¿Que es eso la vida?», pregunta Manuel Machado. La vida no es nada, en efecto. El sufrimiento, sí.

— ¿Y eso?...

Por una puerta mal cerrada salen quejidos... La puerta se abre y aparece una enfermera, que lleva entre los brazos, como si fuera un niño, una pierna que chorrea sangre... Detrás de ella viene un hombre vestido de blanco, cuyas manos están rojas...

— Salud, *mayor*...

— Salud, doctor...

Los dos médicos se sonríen, mientras del fondo de la sala continúan subiendo hacia un cielo sordo los lamentos del hombre que acaba de ser mutilado...

Y los dos médicos hablan muy tranquilos... ¿Qué es eso, una pierna para ellos?... ¿Qué es eso, un hombre que gime?... ¿Qué es eso, la sangre?... En su sublime bondad, los cirujanos llegan a ser impasibles como dioses bárbaros... Embriagados de orgullo prometeico, no piensan sino en la virtud de sus instrumentos, que arrebatan al destino sus presas, sin reparar en lo que hay de espantoso en sus prácticas.

— La gangrena—dice el hombre vestido de blanco—comenzaba a ganar terreno...

Mis compañeros escuchan tranquilos las sabias explicaciones, mientras yo siento que mi pobre frente se cubre de sudor frío... Lo que el cirujano dice me interesa menos que lo que padece el infeliz de quien sólo he visto un miembro sangriento.

— Vámonos...

*
**

En el patio, para hacernos admirar los milagros de la ciencia, el *mayor* reúne a unos cuantos mutilados. A uno de ellos le faltan los dos brazos; a otro, las dos manos; los demás sólo han perdido una pierna cada uno y marchan tambaleándose sobre aparatos muy perfectos.

— ¡Firmes! — grita una voz.

Los infelices se yerguen, en formación militar. Sus labios palpitan. Sus ojos brillan llenos de vida y de apertitos de vida.

— ¡A la derecha, marchal

Entonces, poniéndose las muletas al hombro los que pueden caminar sin ellas, comienza un desfile grotesco y patético, en el cual estos inválidos se esfuerzan por imitar cómicamente la rigidez de las tropas alemanas, avanzando hacia nosotros y riendo...

Y yo río también como mis compañeros, con una risa llena de lágrimas.

¡Ah, la guerra, la guerra!

Los ingleses y los prisioneros alemanes.

Yo creía sinceramente que nada indignaba tanto a los ingleses como las injurias que los alemanes les dirigen desde el principio de la guerra. La famosa frase de *Gott straffe England*, los discursos contra la rapacidad británica, y más que todo las palabras del Káiser relativas al *miserable ejército de lord Kitchener*, me habían hecho pensar, lo mismo que a todo el mundo, que al odio de Alemania contestaba el odio de Albión. ¿No confiesan, acaso, los prisioneros ingleses que sus guardianes los tratan peor que a los franceses y a los rusos? «Para los franceses — dice el capitán Allen — hay aquí algo que casi es simpatía, y para los rusos, mucho que es desprecio. En cuanto a nosotros, inspiramos verdadero horror.» Y el periódico que publica estas líneas, agrega: «Más horror nos inspiran a nosotros los asesinos de Lieja, los incendiarios de Lovaina.»

Por eso, cuando hace una hora nuestro guía nos dijo: «Vamos a visitar a los *boches* del hospital de Boulogne», creí que iba a asistir a una de esas escenas mudas y patéticas, en las cuales se descubre, a través de la correcta frialdad impuesta por la disciplina, lo que hay de más triste en el mundo, que es el reflejo del rencor en las pupilas humanas.

— ¿Ha visto usted prisioneros en Francia? — preguntanme mis compañeros.

—Sí—les contesto—; he visto en la Turena, en Breaña, en el Mediodía, campamentos inmensos de cautivos. He visto rebaños grises de soldados cuyos rostros no denotan sino un cansancio y una indiferencia sin límites... He visto a los oficiales, que se pasean por los patios de las fortalezas como fieras enjauladas, y que, cuando hablan, parecen gruñir... Y siempre, a pesar de la suavidad con que los franceses tratan a los vencidos, siempre, siempre he sentido en el curso de esas visitas una impresión de angustia. El trato material es, en tales circunstancias, lo de menos. Un pueblo como el francés no se rebaja nunca hasta mostrarse duro con los que no pueden defenderse. Los alemanes que se hallan en los cuarteles de Francia están mejor tratados que sus compañeros que continúan en las guarniciones de ultra Rhin. Pero por mucha piedad que tengan, los franceses no pueden olvidar que esos alemanes son los que han incendiado sus aldeas, saqueado sus iglesias, violado a sus mujeres, asesinado a sus hijos. Y la atmósfera, fatalmente, está cargada de rencor secreto en los campamentos de cautiverio...

El médico militar inglés que nos recibe en Boulogne, y que va a enseñarnos sus *boches*, nos dice, contestando tal vez a mis palabras, que sus compatriotas no pueden aceptar, en principio, la teoría de las represalias, porque saben que, en la práctica, no se va con ello sino a la injusticia. «Así—agrega—en Prusia actualmente nuestros oficiales prisioneros se quejan de las humillaciones que se les imponen, y nuestros soldados aseguran que preferirían el régimen de los trabajos forzados a la existencia que llevan entre sus adversarios. Para responder a tales injurias nada nos sería más fácil que imponer privaciones y vejámenes a los germanos que tenemos aquí.

Sólo que como sabemos que con eso no castigaríamos a los culpables, sino a infelices inocentes de lo que pasa en su patria, nos abstenemos de hacerlo.» Luego, muy grave, nos asegura que su conciencia de *gentleman* no tiene nada de qué arrepentirse, y que su único orgullo está en haber podido resistir a las provocaciones de ciertos oficiales enemigos que con su insolencia hubieran querido obligarle a salir de su carácter.

*
**

Un joven oficial que se halla convaleciente en este mismo hospital y que acaba de unirse a nuestro grupo, sonríe con amarga ironía al oír hablar al *mayor*.

—¿No cree usted—le dice—que en el fondo hay algo de locura en nuestra manía de considerar a los alemanes como adversarios dignos de respeto y admiración?... Porque admiramos el heroísmo que demuestran en los ataques de masas profundas, hemos llegado a olvidar que no son hombres como nosotros, sino bárbaros cuya crueldad está en la sangre que circula por sus venas... Ya ustedes saben que, poco a poco, en ciertos sectores en donde nuestras trincheras se hallan a pocos metros de distancia de las trincheras alemanas, los ingenios Tommys se entretienen en charlar con sus enemigos. El día del Christmas del año pasado hubo una verdadera tregua en nuestro frente, y los alemanes, invitados a cenar por los ingleses, aprovecharon las circunstancias para observar nuestras defensas... Algunos de nuestros desastres parciales vienen de aquella imprudencia... Pero al fin y al cabo, eso no es nada... La guerra es la guerra... Lo que sí resulta criminal, es lo que me pasó a mí mismo, cuando yo también creía en la caballeridad

germánica... Verán ustedes... Es una historia inverosímil, una historia que basta para deshonrar a una raza... En las inmediaciones de Iprès, una tarde, un oficial alemán me gritó desde su abrigo subterráneo :

— ¿Es verdad que tiene usted ahí cuatro prisioneros de mi trinchera?

— Sí — le contesté.

— Bueno: yo tengo tres de la trinchera de usted. ¿Quiere usted devolverme tres de los míos, y yo le devolveré los tres suyos?

— Mándeme usted los tres que tiene; yo le enviaré a usted los cuatro que están aquí.

— ¿Convenido?

— Convenido.

— A las cinco en punto...

— A las cinco...

— ¿Palabra de soldado?

— Palabra de honor...

El cambio se llevó a cabo a la hora dicha. Nuestros soldados fueron recibidos por sus compañeros con transportes de alegría. En cuanto a los alemanes, ¿saben ustedes lo que pasó?... Es increíble... Al amanecer del día siguiente vimos sus cadáveres atados a una viga frente a nuestra trinchera. Un cartel puesto sobre sus cabezas decía: «Fusilados por haberse entregado a los ingleses.»

— Es cierto — dice el *mayor* de Boulogne con voz sorda —, es cierto... Somos tal vez un poco locos, cuando nos figuramos que los alemanes merecen ser tratados de un modo caballeresco... Pero más vale ser locos que ser injustos... Las represalias tienen siempre un carácter de venganza, indigna de un gran pueblo... Nosotros no aceptamos la venganza... No aceptamos más que el castigo... No tenemos prisa, pero tampoco olvidamos...

Nuestro ministro lord Cecil lo ha dicho en el Parlamento: los alemanes tendrán que arrepentirse un día de haber maltratado a los prisioneros... Mientras los verdugos de nuestros soldados no hayan sido castigados conforme a las leyes humanas, el Imperio británico no reanudará sus relaciones diplomáticas con el Imperio germánico... Después de la paz, habrá que instruir ese gran proceso... Nosotros tenemos fe en la justicia... Por lo mismo, no podemos exponernos, estableciendo un sistema de rigores, a hacer sufrir a los que, entre estos hombres, entre estos enemigos, pueden ser inocentes... En conjunto, todos los alemanes son criminales..., el pueblo entero es criminal... Sólo que, ¿quién nos dice que no hay algunos que no lo sean y que sufran del delirio nacional de su patria?... No...; no puede un inglés mancharse los labios con injurias inútiles...

En las pupilas azules de nuestro guía luce una magnífica claridad de orgullo. Se nota que para él el principio de la supremacía moral de la raza británica, es un dogma. Su alma puede indignarse, como la de todos los que militan en las filas de la civilización, ante el espectáculo de las crueldades de las hordas bárbaras. Sus pasiones personales le llevan, probablemente, a odiar. Pero una fuerza mayor que la de sus impulsos, una fuerza hecha de calma tradicional, de amor de la justicia, de cultivo de la paciencia, lo obliga a dominar sus propios movimientos para no oír sino las voces de la disciplina.

— Es una guerra extraña y salvaje — murmura con voz sorda.

Luego, abriendo una puerta, exclama:

— Entren ustedes aquí...

*
* *

Alrededor de una mesa larguísima vemos un centenar de prisioneros que, abandonando sus naipes, sus libros y sus pipas, se incorporan y se cuadran, rígidos y automáticos, al oír la voz del jefe que nos acompaña. Todos ellos vinieron aquí, heridos o enfermos después de algún combate, y aquí fueron curados, y aquí continúan como convalecientes hasta el día en que los médicos declaren que pueden ser transportados a Inglaterra. Sus rostros pálidos guardan aún las huellas del dolor y de la fatiga. Son sajones y prusianos, según parece, y pertenecen a los regimientos que defendieron Loos en septiembre del año pasado. Son jóvenes todos. Pero no hay uno solo que corresponda al tipo ideal del guerrero del Norte por su robustez y su altura. De estatura mediana, rubios, afeitados, serios, sólo se distinguen de los ingleses por la expresión de la mirada, que carece de la noble franqueza de las razas libres. ¡Ah, estas pupilas grises, estos ojos lívidos, que no contemplan nunca de frente, que huyen, que se esconden, que parecen siempre guardar un secreto!... «Es la hipocresía germánica», dice la gente. En realidad, es algo más triste y más digno de piedad: es la educación del terror, es la cultura perpetua de la esclavitud impuesta por la disciplina. Y la prueba de ello la tenemos en que los oficiales no miran así, sino que, por el contrario, clavan sus pupilas claras en quien los observa con una dureza amenazadora.

*
* *

Aquí no hay sino soldados sin orgullo y sin insolencia, simples y pobres soldados, que de seguro no tienen de los ingleses y de los franceses sino las vagas ideas de odio y de desprecio que sus superiores les inculca-

ron. Viéndolos, recuerdo a los primeros prisioneros de la batalla del Marne, los cuales estaban seguros de que serían fusilados. «Pero ¿acaso en vuestro país se fusila a los adversarios?», decíanles los intérpretes del Cuartel general. Y ellos, muy serios, muy pálidos, contestaban: «No es lo mismo; nosotros somos un pueblo culto.» Y yo me pregunto lo que pensarán ahora estos infelices, a quienes se les había hecho creer que, fuera de Alemania, no hay nada digno de respeto, al ver la noble clemencia de sus vencedores, que, después de curarlos con solicitud, los tratan como a iguales, sin imponerles las leyes de hierro de la disciplina prusiana. Por muy poca costumbre que tengan de reflexionar libremente, es probable que en sus conciencias se desarrolla un drama obscuro, en el que los personajes que encarnan la tradición, el patriotismo, el deber sagrado y la grandeza imperial, llevan máscaras crueles de engaño. Muy a menudo se acusa a los generales alemanes de emborrachar a sus tropas antes del asalto. En realidad, desde hace cuarenta años toda la Alemania oficial e intelectual embriagaba al pueblo, preparándolo a la conquista del mundo y haciéndole creer que fuera de las fronteras de la vieja Germania no hay sino naciones inferiores, que necesitan ser civilizadas. Estos hombres que aquí vemos, forman parte del formidable rebaño ebrio. Pero estos hombres, individualmente, no son responsables ni de los crímenes ni de los delirios de la masa teutónica. No hay más que verlos para comprender hasta qué punto representan el papel de simples ruedas inconscientes en la gran máquina de ataque y de conquista del pangermanismo.

El marqués de Valdeiglesias, después de interrogarlos minuciosamente, con su talento de inquisidor periodístico, exclama:

— ¡Quién diría que han hecho tantas cosas estupidas en los campos de batalla!

*
**

En el patio de recreo, donde luego conversamos con ellos, notamos mejor aún la diferencia inmensa que existe entre el tipo ideal del guerrero tal cual nosotros, los latinos, lo concebimos, y el tipo perfecto del soldado germánico. Cada uno de estos hombres, que sin duda realizó en las batallas grandes proezas de valor, resulta una pobre criatura, tímida, humilde, algo tarda en el comprender y algo rígida en el moverse. Cuando les dirigimos alguna pregunta, notamos que no aciertan a contestarnos con espontaneidad y que buscan fórmulas vagas, en las cuales no pueda haber nada de chocante ni de comprometedor. Ante los galones de nuestro guía, especialmente, sus actitudes son casi lamentables. Se ve que un superior para ellos es un ser divino y terrible.

— No hay manera — nos dice un oficial — de curarlos de este espanto.

El medio en que desde hace meses se encuentran, sin embargo, es el más propicio, en principio, a su *reeducación* moral. Porque, contrariamente a lo que creen aquellos que hablan del odio mortal entre Inglaterra y Alemania, los ingleses o no odian, o saben ocultar admirablemente sus pasiones. En Francia, en Italia, en Rusia, en todas partes, en fin, los prisioneros, aun tratados con la mayor corrección, están siempre aislados. Aquí, en este campamento de heridos y de convalecientes, los soldados del Káiser y los soldados del rey Jorge viven juntos y casi puede decirse que fraternizan. Preguntad a los hombres grises quién les ha dado el tabaco

que fuman, las barajas con que juegan, las navajas con que se afeitan, los *sandwiches* que devoran, y os señalarán a los hombres kakis que los rodean.

En nuestro rápido paseo por las salas donde aún hay heridos que no pueden moverse, hemos podido ver algunas escenas significativas. Y cuando digo significativas, me expreso mal. Enternecedoras es preciso decir; tan enternecedoras que, o mucho me equivoco, o en la página del famoso cuadernito del marqués de Valdeiglesias relativa a esta jornada, hay una lágrima... ¡Cómo no emocionarse, en efecto, ante el espectáculo de estos ingleses fríos, silenciosos, que sabiendo hasta dónde llega el odio que por ellos tiene el pueblo germano, olvidan los insultos de la Prensa, olvidan los asesinatos de los *zeppelines*, olvidan los lutos de sus mujeres, y no ven en los cautivos sino hombres desgraciados, que merecen misericordia?...